

Ensayos

EL «SPEENHAMLAND SYSTEM» O EL SUBSIDIO DE LOS SALARIOS EN PERIODOS DE CRISIS (*)

(EXAMEN CRÍTICO DE UNA CURIOSA EXPERIENCIA HISTÓRICA)

Con la denominación universalmente aceptada de «Speenhamland System» se conoce en Política Social el intento de atajar las consecuencias de la inflación desencadenada en Inglaterra en las postrimerías del siglo XVIII, mediante la aplicación de una medida que ha sido especialmente controvertida en los últimos años, esto es, subsidiando los salarios de los trabajadores peor pagados de cada localidad.

El hecho de que pase por constituir la primera experiencia histórica en que se recurre al subsidio de los salarios como instrumento de la Política Social en períodos de crisis, y el interés que no ha dejado de suscitar últimamente entre los especialistas, justifican sobradamente, a mi juicio, un estudio detenido y ponderado del tema.

La última década del siglo XVIII se inició con una serie de malas cosechas que culminaron en 1794. Esto, unido al terrible invierno de 1794-1795 y al consiguiente retraso de las importaciones procedentes de Polonia y del Sur de Prusia, debido a que los hielos del Báltico lo hicieron intransitable hasta muy entrada la primavera, y, sobre todo, a la guerra con la Francia revolucionaria, ocasionó una tremenda escasez que se reflejó en una desorbitante subida de los precios.

Ello dio lugar a la miseria de amplias capas de la población y provocó no pocos disturbios, alarmando gravemente a un país que miraba con horror los designios revolucionarios triunfantes al otro lado del canal. A pan y queso, acompañados de té, o cerveza, quedó reducida, en muchos de los condados

(*) Este ensayo constituye un capítulo de un libro en preparación.

sureños, la principal comida de los trabajadores, quienes raramente veían la carne, aunque muchos de ellos cosechaban patatas en el jardín de su pequeña casa.

El alza de los precios encareció tanto todo, hasta el pan, que los pobres se encontraron en serio peligro de perecer de absoluta inanición en muchos distritos rurales. En tales circunstancias, fueron numerosos los remedios propuestos. Pero la solución que se impuso fue el corrientemente denominado «Speenhamland System», cuya gran figura fue Charles Dundas, el más respetado de los magistrados de Berkshire.

Estos fueron convocados para una reunión que había de tener lugar el 6 de mayo de 1975 en el «Pelican Inn» de Speenhamland, arrabal nordesteño de Newbury, Berkshire, con el expreso propósito de fijar para todo el condado y hacer cumplir en él un salario mínimo calculado en relación con el precio del pan. Pero, una vez reunidos, se dejaron persuadir por la idea de que en lugar de elevar los salarios era preferible suplementarlos con cargo a las contribuciones recaudadas para el socorro de los pobres en cada parroquia.

Cuáles fueron las razones que determinaron este cambio de actitud en los «Justices of the Peace» reunidos en el «Pelican Inn» constituye un misterio difícil de desvelar, por cuanto que no quedan actas firmadas de la sesión. El hecho es que acordaron por una amplia mayoría e hicieron pública una escala proporcional al precio del pan, llamada por ello *bread-scale*, en virtud de la cual toda «persona pobre e industriosa» — *poor and industrious person*— habría de recibir de la parroquia, como complemento de su salario, una cierta cantidad semanal: un tanto por él mismo y un tanto por cada uno de los miembros de su familia, cuando un pan costara un chelín, subsidio que iría aumentando a medida que subiera el precio del pan.

Esta *bread-scale* fue siendo adoptada por los magistrados, condado tras condado, haciéndose muy pronto común a media Inglaterra, al decir de Trevelyan, quien precisa que su difusión tuvo lugar principalmente en los condados de «cercamientos recientes» quedando fuera del sistema, entre otros, los condados del Norte, porque en ellos la proximidad de fábricas y minas originó una competencia que tendió a mantener altos los salarios en el campo (1).

Para los Hammond y los Webb, por el contrario, de la rápida extensión de la *bread-scale* de Speenhamland por todos los condados de Inglaterra y Gales sólo se libraron, si acaso, Northumberland y Durham (2). Nicholls, por

(1) G. M. TREVELYAN: Op. cit., pág. 469.

(2) J. L. y B. HAMMOND: *The Village Labourer*, cit., págs. 165, 184, 185; *The Rise of Modern Industry*, cit., pág. 94; SIDNEY y BEATRICE WEBB: *The Old Poor Law*, páginas 180-189.

su parte, exceptúa solamente unos pocos lugares, como las parroquias de Bingham y Southwell, donde él y su colega reformador del Nottinghamshire, el reverendo Robert Lowe, habían adoptado excepcionales medidas contra su aplicación (3).

Lo cierto es que este histórico «sistema de Speenhamland» fue sancionado legislativamente un año después, en el momento en que era rechazada la legislación del *workhouse-test* de setenta años antes. Y hasta llegó a ser elogiado por el primer ministro Pitt, según el cual «esto hará de la familia numerosa una bendición, no una maldición, y trazará así una apropiada línea de distinción entre aquellos que son capaces de mantenerse a sí mismos con su trabajo y aquellos que, habiendo enriquecido a su país con numerosos hijos, tienen derecho a una ayuda para su sostenimiento» (4).

Permítaseme recordar, siquiera sea de pasada, la oposición de Malthus a la política de protección a la familia de Pitt: «Yo absuelvo totalmente al señor Pitt —escribe— de toda siniestra intención al introducir en su proyecto de ley sobre los pobres la cláusula por la que se concede un chelín semanal a los trabajadores por cada hijo que tengan por encima de tres. Confieso que antes de la presentación de este proyecto al Parlamento, e incluso durante un cierto tiempo después, pensé que esta regulación sería altamente beneficiosa; pero desde entonces he reflexionado mucho sobre esta cuestión, llegando al convencimiento de que, si su propósito es mejorar la suerte de los pobres, lo que va a conseguir será precisamente lo contrario de lo que se propone. No observo en esta ley la menor tendencia a incrementar la producción del país, pero sí a aumentar la población; la consecuencia necesaria e inevitable no puede ser otra sino la distribución de una misma cantidad de productos en un mayor número de partes, y, por tanto, que con el trabajo de un día se comprará una cantidad menor de provisiones y empeorará, por consiguiente, la situación de los necesitados» (5).

«El proyecto de ley de Mr. Pitt —arguyen en otro lugar— parece haber sido redactado con intenciones caritativas, y el clamor que ha levantado en contra de su aprobación me parece en muchos aspectos mal orientado y poco razonable. Pero hay que reconocer que posee, en alto grado, el grande y radical

(3) Sir GEORGES NICHOLLS: Op. cit., vol. II, págs. 138, 240-251.

(4) «This will make a large family a blessing, not a curse, and thus will draw a proper line of distinction between those who are able to provide for themselves by their labour, and those who, having enriched their country with a number of children, have a claim upon its assistance for support.» (Cit. por J. D. CHAMBERS y G. E. MINGAY: *The Agricultural Revolution, 1750-1880*, 1966, pág. 129.)

(5) THOMAS ROBERT MALTHUS: *Primer ensayo sobre la población*, El Libro de Bolsillo, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1970, págs. 125-126.

defecto de todos los sistemas de este tipo: el de estimular el aumento de la población sin aumentar los medios de subsistencia disponibles y, por consiguiente, empeorar las condiciones de quienes no están asistidos por las parroquias; en una palabra, el defecto de aumentar el número de pobres» (6).

Volviendo al «sistema de Speenhamland», es preciso reconocer que no todo ha sido precisamente prodigarle alabanzas.

Así, mientras algunos lo han aplaudido, en efecto, por considerar que constituyó una eficaz e influyente reacción espontánea ante la primera inflación seria padecida en tiempo de guerra por la Gran Bretaña y, desde luego, una solución mejor que cualquier aumento de salarios, imposibles después de bajar, cuando los precios descendieron de nuevo; otros lo han criticado duramente por creer que se trató de un remedio que trajo muy malas consecuencias —«a remedy that brought much evil in its train»? (7).

La subida de los salarios, mediante el establecimiento de un jornal mínimo, opina Trevelyan, hubiera sido una política difícil de llevarse a cabo contra la resistencia de empresarios agrícolas recalcitrantes, durante un período de violentas fluctuaciones de precios, pero era en principio el único remedio verdadero. «Si hubiera sido adoptado para Berkshire y para toda Inglaterra —añade—, podría haber hecho discurrir nuestra moderna historia social por otros canales más felices. Era la actuación correcta y venía señalada por la costumbre antigua y el Derecho vigente» (8).

Realmente el masivo criticismo de que durante mucho tiempo fue objeto el «Speenhamland System», el «mal sistema» —*the evil system*— lo llama en su excelente obra ya citada Trevelyan (9), el insigne *Master of Trinity*, de quien se ha dicho que «aunque no hubiera escrito nada más, esta obra sola le habría alineado entre los primeros historiadores ingleses de todos los tiempos» —«If the Master of Trinity had written nothing else, this work alone would rank him among the foremost British historians of any age»— (10), arranca de la importancia que le atribuyera Nicholls y, tras él, otros prestigiosos y caracterizados autores.

En efecto, sir George Nicholls, célebre administrador y reformador del Derecho de pobres y autor de una historia del mismo publicada en 1854 con el título: *A History of the English Poor Law*, al oponerse resueltamente a

(6) *Ibid.*, págs. 101-102.

(7) G. M. TREVELYAN: *Op. cit.*, pág. 469.

(8) *Ibidem*.

(9) *Op. cit.*, pág. 469.

(10) Crítica de la obra aparecida sin firma en el *Daily Telegraph* a raíz de su publicación.

la concesión de subsidios a las personas capaces de trabajar, señaló que la reunión de Speenhamland había constituido la génesis del otorgamiento sistemático de tales subsidios en ayuda de los salarios.

Calificó a la *bread-scale* adoptada en dicha reunión, de «famosa» —*famous*—, observó que «fue extensamente adoptada en otros condados» —*it was extensively adopted in other counties*— y puso de relieve su interés por ella, citando, no la versión de la reunión que aparece en el *The State of the Poor*, de Frederick Morton Eden, sino el relato hecho con más detalle aún en el *Reading Mercury* (11).

Es curioso que desde que Nicholls utilizara por vez primera el término «Speenhamland» como sinónimo del socorro externo prestado sistemáticamente a las personas capaces de trabajar, nadie discutiera su profundidad como título y símbolo de tal práctica, al menos hasta muy recientemente.

Así, antes de configurarse el presente siglo, en los momentos en que Arnold Toynbee y William Cunningham están formulando la evaluación de la revolución industrial, se pone en circulación el término «Speenhamland», para describir un acontecimiento profundamente influyente, verdaderamente traumático, a partir del cual el carácter de la vida social y económica inglesa ya no ha sido nunca el mismo (12).

Unos años después, cuando los Hammond analizan con agudeza y simpatía el empeoramiento de las circunstancias en que se desenvuelven los campesinos ingleses en las décadas inmediatamente anterior al primer «Reform Bill», la reunión de Speenhamland se convierte en el suceso central de esa trágica historia, y continúa siéndolo para los comentaristas de toda persuasión histórica, reconozcan o no sus antecedentes y paralelos (13).

Ya en los comentarios que hizo a Eden sobre la «breadscale» de Speenhamland, Frederick Page se quejaba de la «tendencia fatal del sistema» —*fatal tendency of the system*—. Ofrecía socorro más allá de las necesidades reales de los pobres, producía efectos desiguales en los empresarios y reducía la cantidad de trabajo efectivamente emprendido (14).

Este primer asalto dio durante generaciones el tono de las críticas al «sis-

(11) SIR GEORGE NICHOLLS: *A History of the English Poor Law*, vol. II, 1854, páginas 137-139.

(12) ARNOLD TOYNBEE: *Lectures on the Industrial Revolution in England*, 1884, páginas 104-105; WILLIAM CUNNINGHAM: *The Growth of English Industry and Commerce*, 3 vols., 1907: vol. II, pág. 650; vol. III, págs. 713 y sigs.

(13) J. L. HAMMOND y B. HAMMOND: *The Village Labourer*, cit., *passim*, y *The Rise of Modern Industry*, 1937, pág. 94.

(14) SIR FREDERICK MORTON EDEN: *Op. cit.*, vol. I, págs. 580-584.

tema de Speenhamland», cuando ya esta palabra había venido a significar sistemáticos subsidios en metálico para las personas capaces de trabajar.

Nicholls, responsable en gran medida de esta connotación del término «Speenhamland», condenó por su parte la resolución de los magistrados de Berkshire como «contraria al decreto de la Providencia» —*contrary to the betest of Providence*— y como una interferencia antinatural en las fuerzas de una economía idealmente libre, no regulada (15).

Al subrayar la particular influencia del «sistema de Speenhamland», Toynbee se hizo eco de las primeras críticas hechas a los subsidios en general: arrastraron a los trabajadores a la vagancia y a la insolencia, y corrompieron verdaderamente el carácter entero del pueblo trabajador inglés, al darle derecho al socorro sin trabajar (16).

También los Hammond hicieron hincapié en los efectos que produjo el «sistema de Speenhamland» en la actitud de los trabajadores, particularmente después de que terminaran las guerras con Francia, cuando en muchos lugares la prosperidad agrícola dio paso a la depresión. Y no ocultaron su tremenda simpatía por los pobres rurales, los cuales, proclamaron, quedaron completamente desmoralizados por el inmoral «sistema de Speenhamland». Lamentaron que, debido a él, no hubiera ninguna razón para que el trabajador mantuviera su orgullo o ambición, ya que había sido condenado a unos ingresos escasamente adecuados, hiciera lo que hiciera.

De hecho, observaron los Hammond, semejante sistema castigó efectivamente el estímulo y la propiedad que éste pudiera producir, puesto que a un hombre con alguna posesión se le rehusarían probablemente el socorro parroquial y el trabajo. Sin esperanza de una subsistencia independiente, forzados a atestiguar el deterioro de su propia situación y de su verdadero carácter, crecientemente aislados del mundo corporativo de la aldea que durante siglos había sido la fuente, tanto de su seguridad, como de su placer, el único recurso que les quedaba a los pobres del campo era la fútil violencia. Los motivos del «Capitan Swing» en 1930 fueron su resultado (17).

Y un economista tan realista siempre, como sir John H. Clapham, concluyó que el «sistema de Speenhamland», al deprimir el salario semanal en metálico, aumentó la carga del socorro de pobres de la postguerra y llevó a

(15) SIR GEORGE NICHOLLS: Op. cit., vol. II, págs. 138-139.

(16) ARNOLD TOYNBEE: *Lectures on the Industrial Revolution in England*, 1884, página 105.

(17) J. L. y B. HAMMOND: *The Village Labourer, 1760-1832, 1911*, cap. X y passim.

la ruina a los cultivadores directos y a los pequeños campesinos en todas partes (18).

Como puede verse, los autores citados, cualesquiera que pudieran haber sido sus particulares convicciones respecto de otros temas, coincidieron plenamente en un punto concreto: el «sistema de Speenhamland» no fue lo que se dice un éxito, sino, por el contrario, un pésimo negocio. Los ingredientes de este *consensus* fueron vigorosamente expuestos largo tiempo ha por lord Ernle en su interesante obra ya citada: *English Farming Past and Present*. El recuerdo de sus opiniones bien podría servir ahora de resumen de este punto de vista.

Ernle adivinó la convicción de que incluso antes de 1814 y de que terminara la prosperidad de que habían disfrutado los empresarios agrícolas en tiempo de guerra, los subsidios de Speenhamland habían «retrasado el alza natural de los salarios, bajado los ingresos por hacer de las necesidades del hombre soltero el factor más importante, y alentado matrimonios imprevisos» —*Speenhamland allowances had delayed the natural rise of wages, lowered earnings by making the needs of unmarried men the most important factor, and encouraged improvident marriages*—. Después, cuando el «sistema de Speenhamland se convirtió en el mecanismo principal de todo el socorro de pobres, sus efectos, fueron, a su juicio, más generales y mucho peores.

He aquí su propias palabras: «Permitió (al empresario agrícola) reducir los salarios hasta el punto más bajo posible, porque compensó tal deficiencia con los subsidios procedentes de las contribuciones locales... También le suministró una inagotable oferta de mano de obra barata y eventual. Obligada a sufragar totalmente el coste del mantenimiento de los pobres capaces de trabajar, la parroquia aceptó con alegría cualquier pago, por pequeño que fuera, en descargo parcial de su responsabilidad. Llegó a hacerse casi imposible para un patrono agrícola mantener a un hombre permanentemente empleado con un salario razonable. Si lo hacía, lo único que conseguía era ahorrar las contribuciones locales en provecho de sus vecinos, los cuales le metían sus manos en los bolsillos para pagar los obreros de ellos. Los operarios libres no podían confiar en competir con la masa de trabajadores subsidiados. Era esta mano de obra tan barata, que los hombres que trataban de retener su independencia eran pagados a bajo precio. Aquellos que habían ahorrado dinero o comprado una casita, no podían ser incluidos en los "libros de pobres" —*poor-book*—; se veían obligados a despojarse completamente a sí mismos y a hacerse pobres, antes de poder obtener un empleo... De la manera más práctica se les enseñó

(18) Sir JOHN H. CLAPHAM: *An Economic History of Modern Britain*, vol. 1: *The Early Railway Age, 1820-1850*, 1926, págs. 125-132.

a los trabajadores las lecciones de que la imprevisión era más provechosa que el ahorro; de que sus retribuciones no dependían de sus propios esfuerzos; de que la sobriedad y la eficiencia no tenían especial valor sobre la indolencia y el vicio. Todos tenían igualmente el mismo derecho a ser mantenidos a costa de los contribuyentes. La prudencia y la autorrestricción estaban penalizadas. El responsable estaba parado, el despreocupado, sostenido por la parroquia; cuanto más irresponsablemente un hombre se casaba y tenía hijos, mayor era su parte en las comodidades de la vida. El efecto se vio en el rápido crecimiento de la población. Se desalentó la moralidad en las mujeres solteras y se subsidió la deshonestidad. Cuantos más hijos ilegítimos, mayores subsidios de la parroquia... Era evidente —concluía— que el fondo que proveía a las contribuciones tenía que quedar exhausto. Las rentas estaban ya desapareciendo... Se hacía necesario un drástico remedio» (19). Y ese drástico remedio fue la severidad del nuevo Derecho de Pobres de 1834.

No faltan tampoco entre los autores de los últimos años quienes condenan duramente el «sistema de Speenhamland».

Así, por ejemplo, Karl Polanyi, en su personal versión del desarrollo de la moderna economía de mercado, lo identificó como la única gran causa de la esclavización del trabajador entre 1795 y el nuevo Derecho de Pobres de 1834, años en que sólo un genuino mercado de trabajo y una clase trabajadora concomitante habrían hecho posible que el obrero luchara con éxito (20). «La abolición de Speenhamland —sostiene— fue la verdadera fecha de nacimiento de la moderna clase obrera» —*The abolishment of Speenhamland was the true birthay of the modern working classe*— (21).

Trevelyan escribe que «este pago de contribuciones locales en ayuda de los salarios» —*This payment of rates in aid of wages*— relevó al agricultor que empleaba muchos obreros de la necesidad de darles un salario vital, y con la mayor injusticia forzó al pequeño parroquiano independiente a ayudar al gordo, mientras que al mismo tiempo obligó al trabajador a convertirse en pobre, aun cuando estuviera trabajando todo el día.

El efecto moral sobre todos los interesados fue devastador. Los grandes patronos se reafirmaron en su egoísta rechazo de todo aumento de salarios y las clases independientes se tambalearon bajo el peso de la contribución de pobres, mientras que la ociosidad y el crimen aumentaban entre los trabajadores reducidos a la condición de pobres (22).

(19) Lord ERNLE: *English Farming Past and Present*, 1912, págs. 328-330.

(20) KARL POLANYI: *The Great Transformation*, 1940, caps. 7 y 8.

(21) *Ibid.*, pág. 101.

(22) «Entre 1792 y 1831 los gastos del Derecho de Pobres en el Condado de Dorset aumentaron el 214 por 100, el coste de la persecución del crimen el 2.135 por 100»

Un observador americano escribió con demasiada verdad en 1830: «El término pobre, tal como se usa en Inglaterra y más particularmente en los distritos agrícolas, comprende esa numerosa clase de la sociedad que para su subsistencia depende solamente del trabajo de sus manos» (23).

Niega, sin embargo, Trevelyan que fuera verdad, como en su tiempo se pensó, que los subsidios en ayuda de los salarios fuesen una causa importante del rápido aumento de la población, que Malthus estaba enseñando a sus contemporáneos a temer tanto. En el siglo XIX, como en el XVIII, el incremento de la población fue debido no a un aumento de los nacimientos, sino a una disminución de los fallecimientos. No fueron, pues, dice, los «insensatos magistrados» —*foolish magistrates*— de Speenhamland, sino los buenos doctores de la Gran Bretaña, los responsables del hecho de que entre 1801 y 1831 los habitantes de Inglaterra, Gales y Escocia pasaran de 11 a 16 millones y medio.

Otra importante observación de Trevelyan es que fue sobre los pequeños agricultores sobre los que el «sistema de Speenhamland» pesó más duramente en el aspecto económico, por cuanto que en muchos condados sureños, particularmente en el Wiltshire, los numerosos labradores que cultivaban las tierras por sí mismos, sin emplear mano de obra asalariada, fueron obligados a pagar fuertes contribuciones de pobres para incrementar los salarios pagados por los grandes patronos que tenían muchos obreros a su servicio, y que realmente eran unos rivales que estaban destinados a reemplazarlos (24).

W. E. Tate, por su parte, al referirse a lo que llama «desdichado sistema de Speenhamland» —*unfortunate Speenhamland system*— pone de relieve que tal proceder fue «verdaderamente desastroso» —*truly disastrous*— aparte de no ser original, pues la decisión adoptada en el «Pelican-Inn» constituyó, a su juicio, un desarrollo de la tomada en el Buckinghamshire (25).

Por último, E. J. Hobsbawn y George Rudé le achacan el que durante cuarenta años «en una u otra forma colgó como una piedra de molino de los cuellos de todas las clases rurales en el Sur de Inglaterra» —*The «Speenhamland system» in one form or another, hung like a millstone round the necks of all rural classes in southern England*— (26).

mientras que la población se había incrementado sólo en un 40 por 100 (*Victoria County History, Dorset*, II, 259). En 1813 se recaudaron en toda Inglaterra más de 7 millones en concepto de contribución de pobres, mientras que la contribución local para todos los demás propósitos sólo ascendió a un millón y medio» (G. M. TREVELYAN: Op. cit., pág. 470).

(23) G. M. TREVELYAN: Op. cit., págs. 469-470.

(24) *Ibid.*, pág. 470.

(25) W. E. TATE: *The English Village Community and the Enclosure Movements*, 1967, pág. 85.

(26) E. J. HOBSBAWN y GEORGE RUDÉ: *Captain Swing*, 1969, pág. 47.

Difícil será, desde luego, no reconocer que el «sistema de Speenhamland» supuso, de hecho, un mayor alivio para los patronos que para los obreros. Por otra parte, sujetó aún más a los trabajadores a la tierra en unos momentos en que sobraban brazos en los condados rurales y escaseaban grandemente en las zonas industriales, y en que, además, se daba la circunstancia de que la rápida expansión de los «cercamientos», exigida por la necesidad de mejorar los cultivos, desalojaba a una serie de campesinos, obligándoles a salir del terruño.

Y si bien es cierto que estas y otras consecuencias pasaron desapercibidas para los que, por muy diversos motivos y con una verdadera y profunda preocupación, aprobaron la política de 1795 en el «Pelican Inn», no lo es menos que se iban a revelar con una claridad meridiana antes de 1834, haciendo que la administración del Derecho de Pobres produjera una ominosa impresión en el siglo XIX.

Es de justicia, sin embargo, admitir que, por el momento y con independencia de los inconvenientes que pudieran derivarse de ella a largo plazo, la política de Speenhamland previno, al menos, la miseria e inanición más completas durante los largos años de precios exorbitantes que precedieron al fin de las guerras, evitando que literalmente se muriera la gente de hambre y seguramente también el estallido de la revolución.

Parece ser que en el Berkshire, al igual que en los demás condados, se tuvo miedo de que ante las escaseces del presente y las no menores que se anunciaban para el futuro, los precios por las nubes y el desasosiego general, los trabajadores se dejaran seducir por las doctrinas de los jacobinos y se rebelaran con furia presos del delirio revolucionario.

Tal vez, por ello, no pueda desecharse, sin más, como una «exageración» y «gruesa simplificación», cual hace el profesor de Bucknell, Mark Neuman (27), la afirmación de los Hammond de que «en 1795 se tuvo miedo a la revolución y las clases más altas echaron el sistema de Speenhamland sobre las aldeas como una manta mojada sobre las chispas» (28).

MANUEL MOIX MARTÍNEZ

(27) «The Hammonds oversimplify and exaggerate when they state that...» (MARK NEUMAN: *Speenhamland in Berkshire*, 1972, pág. 118, nota 4).

(28) J. L. HAMMOND y B. HAMMOND: *The Village Labourer, 1760-1832*, 1911, página 232.